

PEREGRINO



Sala de Exposiciones Temporales
San Agustín, 12. Segovia
SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2017



MVSEO RODERA-ROBLES



MANOLO PEREGRINO

A Manuel Gómez Zía los amigos le llamábamos cariñosamente Manolo o Manolillo Peregrino por su tendencia a perderse con una mochila a la espalda por los caminos agrestes; conocía al dedillo las sendas empinadas de la Sierra del Guadarrama, así como las arriesgadas y vertiginosas botaderas de las Hoces del Duratón; las había fatigado tantas veces que se movía por ellas como por el cuarto de estar de su casa. Como los viejos filósofos peripatéticos necesitaba echarse al monte de cuando en cuando; las caminatas eran un estímulo para sus creaciones artísticas. Como si aguzaran su inspiración y fecundaran su obra. Andar le removía las ideas. Dominaba el dibujo, la pintura y los murales cerámicos. Pero, sobre todo, dominaba la vida, desde una especie de anarquismo apacible y risueño que, por su austeridad, guardaba ciertos puntos de contacto con los anacoretas. A ratos era gatuno, a ratos enigmático. Como no tenía televisión, la lectura fue para él una fuente de placer y conocimiento. Visitaba con pasión sistemática los museos.

Había nacido en Madrid, en 1951 y la muerte lo fue a buscar en San Lorenzo de El Escorial de manera repentina el último día de mayo de 2015; tenía 64 años. Su ausencia irremediadamente nos arrastra a la melancolía. Como ceramista era impecable. Su obra ha quedado repartida en muchas partes del mundo, pero resulta fácilmente rastreable en los rótulos de los callejeros de Sepúlveda, La Granja de San Ildefonso y Segovia, ya que campean en las fachadas de sus edificios. Un rótulo puede parecer una obra menor, pero enseguida se advierte en los suyos la extraordinaria factura, así como la meticulosidad y elegancia en su ejecución. De manera que en ellos podemos apreciar su poderío expresivo y sus capacidades artísticas. O, si se quiere, para no ponernos campanudos y solemnes, el puntilloso dominio de las artes aplicadas. Y es que, en las artes aplicadas,

concebidas casi siempre con fines utilitarios, carentes de petulancia, Manolo era un maestro consumado.

Los murales cerámicos, posiblemente la parte de su obra que mejor le define y que más proyección le dio, se pueden rastrear sobre todo en algunos establecimientos hosteleros de Chinchón, Madrid, San Lorenzo de El Escorial, Sepúlveda y Segovia. Disfrutaba como un niño en los procesos de documentación haciendo acopio de libros, indagando simbologías y personajes, así como los hechos históricos más notables que trataba de reflejar. Cabe recordar ahora, por la facilidad para su acceso, el mural que le encargó Caja Segovia para el portal de la oficina de la calle Juan Bravo 4, en la que quiso plasmar los personajes más destacados que habían recorrido la Calle Real a lo largo de su dilatada historia. Y muy cerca de allí, sin abandonar la calle Real, en el vestíbulo del Hostal Casa Mudéjar puede verse el espléndido mural dedicado a exaltación de los cinco sentidos; y, en el mismo edificio, en El Fogón Sefardí, con entrada por la Judería Vieja, el mural que hizo en homenaje a los placeres del vino, en el que aparecen los propietarios encarnado diferentes papeles, además de sus amigos.

En la Escuela de Cerámica de Madrid tuvo el primer contacto académico con la cerámica, pero también con el dibujo. En una salida con los profesores para tomar apuntes del natural conoció Sepúlveda y quedó deslumbrado por la belleza de la villa y por el paisaje pintoresco que la circunda. Desde entonces la convirtió en una amante a la que no dejaría de cortejar. Una extensión natural de Sepúlveda es el sorprendente meandro donde se asienta el viejo Priorato benedictino de San Frutos Pajarero. Impresionado por la belleza del lugar, enseguida se declaró su devoto. *¡Viva san Frutos Bendito!* era su forma de saludar a los amigos de manera presencial o desde el otro lado del teléfono. Era tan acendrado seguidor del santo ecologista y pajarero que fundó una orden imaginaria en la que él se reservó el puesto de

hermano lego. La vida y los milagros de San Frutos guardan un estrecho paralelismo con San Francisco de Asís. Manolillo, cómo no, iluminó algunos de los romances que cuentan su vida:

*¡Viva San Frutos Bendito,
rostro bellido y barbado,
ecologista de fama
y anacoreta templado!*

Además de ceramista y dibujante, Manolo Peregrino fue ilustrador de libros, grabador, cartelista, editor, escultor y pintor. Llegó incluso a hacer algún esgrafiado ocasional en Segovia en el que dejó reflejado el rostro de los propietarios de la casa, así como la del arquitecto y la suya. Nada se le resistía. Todo es cuestión de método, solía decir. En eso, en el método, era muy riguroso. Casi un científico.

Pero, por encima de todo, Manolo era un tipo singular y luminoso, un sabio a quien la vida le había zurrado sin clemencia en la infancia madrileña. Huérfano de padre desde niño, comenzó a trabajar con doce años pintando muebles “antiguos”, imitando los dibujos de las distintas dinastías en las que los chinos dividen su historia. De manera que también era experto en dinastías chinas.

Dos años después de su desaparición, los amigos que tuvimos el privilegio de trabajar a su lado, compartiendo alguna de sus devociones y disfrutando de su talento y sabiduría, queremos hacerle un homenaje a través de esta exposición que recoge tan sólo una muestra mínima de su quehacer artístico. Si etimológicamente recordar significa volver a pasar por el corazón, nos parece que esta exposición que agrupa una buena parte de sus habilidades artesanas y artísticas, es la mejor manera de acercarnos a su espíritu creativo. También es una oportunidad para sopesar su alcance y proyección.

No es esta una exposición antológica —algo que esperamos se pueda hacer en un futuro próxi-



mo— sino una simple muestra representativa de todos los palos que tocaba Manolo como artista, armada con las con las obras que conservan sus allegados. Por ello, hemos de dar las gracias a todos los que nos han cedido las que aquí que se exponen.

Y, cómo no, gracias especiales al Museo Roder Robles que generosamente nos ha abierto sus puertas para que la obra de Manuel Gómez Zia, Manolo Peregrino, luzca en Segovia, una ciudad que tantas veces le sirvió de inspiración y a la que, además de los magníficos rótulos de su callejero, legó murales de factura distinguida e impecable. Tal como era el propio Manolo: un artista impecable y un tipo irrepetible.

Diego Conte, Ignacio Sanz, Prado Villanueva
Segovia, septiembre de 2017



SECRETUM MEUM MIHI

Definir a Manolo como artista integral sería exacto. Pero no suficiente. Y no por la conveniencia de desarrollar el enunciado, sino porque para captar la esencia de su creación es ineludible puntualizar la manera específica en que esa integralidad se manifestó. Ello nos obliga a algunas consideraciones aparentemente demasiado generales, pero pintiparadas para la aproximación que buscamos.

Cada una de las letras y las bellas artes, plásticas y sonoras, incluso sus diversos géneros, tienen sus propios recursos expresivos. Hay artistas, acaso la mayoría, que encuentran en ellos una plena adecuación a sus anhelos. En cambio otros, sienten, incluso padecen, las obligadas limitaciones impuestas por ese excelso utillaje. En ciertos casos las evasiones resultan posibles, tal las de la poesía a la música. En otros, cada artista ha de encontrar su propia senda.

Yo me atrevo a sugerir que Manolo acertó plenamente en las escapadas a la literatura de su arte pictórico. Sus obras se contemplan pero también se leen, como si sus imágenes se armonizaran en un alfabeto personal.

Veamos su cartel para la conmemoración en Sepúlveda del centenario de la muerte de Robert-Luis Stevenson. Entre la Plaza de la Villa, el castillo si que-remos, y un barco, el barco del viajero escocés por los Mares del Sur, no hay solución de continuidad. ¿Porque desde la tierra adentro, acuñada y asentada en la piedra, se puede soñar el mar? Sí. Pero también porque navegando los océanos se puede soñar el refugio interior, refugio pero no resguardo del oleaje. Recuerdo una novela francesa de mediados del siglo pasado, desarrollada en el ambiente marítimo de Bretaña. Comentando el bienestar que daba en las andanzas de cabotaje la vista no perdida de la costa, el crítico de *Le Figaro Littéraire* echaba de menos la falta de un *élan de jeunesse*. Estamos seguros de que ello no podría

reprocharse a los navegantes de Manolo. Y menos a su propio periplo por los caminos de la vida y sus destinos, merecedor de veras del apelativo de *Peregrino* ha acabado por sustituir a su patronímico. La peregrinación que tejió su paso por el planeta, en las tierras de sus raíces profundas y en los mares de su libertad suprema. Su paso y su legado.

Volviendo a las relaciones de unas y otras expresiones creadoras, recordamos las críticas de Emiliano Barral a la escultura monumental imperante en la etapa inmediatamente anterior a la suya. Acusaba a sus cultores de teatralidad. Dejemos de lado lo que de contingente podía haber en esa postura. Pero, ¿podemos ver en ese escultor un menosprecio al teatro? Sería ridículo sospecharlo. Era una manera de llevar el teatro a la escultura lo puesto en cuarentena. Caso que no es el caso de las magistrales, nos atrevemos a llamar intromisiones literarias, de Manolo.

Sin dejar este camino, he de pedir perdón por el recurso a la primera persona para buscar otro enlace, precisamente el que nos lleva a la persona de nuestro creador. En el cartel para la presentación de mi guía de Sepúlveda, hay un monje con capucha. Esta encuadra el rostro, pero las facciones son sustituidas por el caserío del lugar. Ninguna mejor idea, para la asombrosa adecuación al caso concreto. Que si yo cito aquí no es por ver en ella un tributo a la amistad generosa, aunque le hubiera, sino la capacidad para adentrarse en lo más recóndito de los hombres y de los temas.

Una cercanía en simbiosis con el sentimiento propicio a una inmediatez humana que a la primera impresión no habría podido descubrirse. Pero que resulta evidente pese a esa contención casi definitoria de la manera de ser de Manolo. Medida que nada tenía de reserva egoísta. Una moderación exterior que también se manifestaba en la expresión de cualquier censura a las situaciones y sus protagonistas censurables en torno. Mas quienes le conocíamos teníamos

la seguridad de que el *irascimini et nolite pecare* se le quedaba en el hondón del pecho.

Me alegro de la ocasión de citar aquí un episodio de su vida acaso desapercibido y olvidado. En su etapa de vecino de Sepúlveda asistía asiduamente a los plenos de la corporación municipal. Muy poco concurridos entonces y ahora, a diferencia de las genuinas batallas que suscitaron en tiempos pasados, dando lugar para evitarlos incluso a cambios maliciosos del horario. Cuando se planteaba un extremo conflictivo, Manolo se inclinaba por la interpretación menos espinosa posible y procuraba difundirla. Nada más ajeno a ese cierto revestimiento desdeñoso que un conocedor en ciernes o espectador superficial habría podido atribuirle.

De él fue la idea del aprovechamiento de la escenografía sepulvedana para representar en la nueva fiesta de los Fueros piezas teatrales breves escritas por autores locales. Otro detalle revelador.

Para terminar, me resulta ineludible aludir a esa exclamación que nunca le abandonó, en cualesquiera ocasiones por varias que fuesen: *¡Viva San Frutos bendito!* Aparentemente de la más genuina confesionalidad, aunque a cual más popular. Señal de que su medida no guardaba relación con timidez alguna.

¿Y qué sentido la daba? ¿Que quería decir con ella? Llegado aquí tengo que recurrir para la respuesta a quien lea este desahogo cordial. Yo no debo esforzarme por encontrarla y generalizarla mucho menos. *Secretum meum mihi.*

José-Antonio Linage Conde
Sepúlveda, septiembre 2017



Viva S. Frutos Bendito.